



El libro y la universidad

◆ Javier Sicilia

Con frecuencia se suele creer que el libro que todos conocemos nace con Gutenberg en el siglo XV. La confusión se debe a que los caracteres móviles que inventó son la base de la impresión de los libros que encontramos en las librerías y tenemos en nuestras casas. En realidad, Gutenberg sólo dotó de alas a un objeto que había nacido a finales del siglo XII y que rompió con la tradición de la lectio divina —la lectura y escucha de la palabra oral— y permitió el nacimiento de la lectura silenciosa y de la universidad.

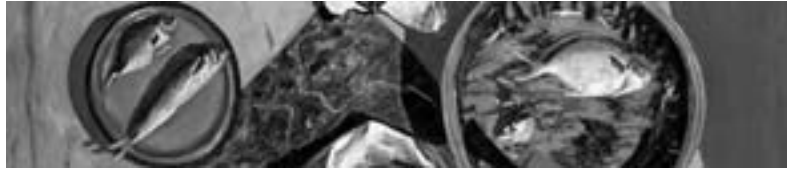
Hasta antes de esta revolución, a la que Iván Illich ha calificado como una técnica que cambió nuestras percepciones, el aspecto de la página escrita que ahora conocemos en el libro, era absolutamente distinto. Las *voces paginarum* de los *codex* de pergamino llamadas *viña del texto*, se cultivaban en los colegios monásticos y carecían de cualquier condición técnica que permitiera el acto de lo que nosotros llamamos lectura. Ajenas a los márgenes, a los títulos, a la separación entre palabras y a la puntuación; dotadas tan sólo de anotaciones retóricas que indicaban cambios de tonos en la lectura, las *voces paginarum* eran un instrumento acústico. Leer, como bien lo ha demostrado Illich, era “una forma de oír. No sólo para los oyentes de la *lectio*,

sino también para el lector. La lectura era descrita como una actividad oral, en la que el lector recorría las líneas como las calles de un huerto, tomando y saboreando las palabras. La progresión dentro del texto era entendida como un paseo, una peregrinación [...] a través de las páginas, mientras se probaban y se digerían las frutas recogidas”.¹ De allí el nombre de *viña del texto*. Quienes hayan estado en un monasterio benedictino durante la Lectura de las Horas podrán saber algo de lo que esa lectura era.

La lectura era un acto que se analogaba con el del rumiar de las vacas: “Cuando sientan náuseas —exhortaba un maestro a sus discípulos— por los mordiscos que han tragado sin entender, deben re-

¹ Illich, I., “El texto y la Universidad: la idea y la historia de una institución única”, *Ixtus*, núm. 31, México, 2001, pp. 63-74.

◆ Profesor, Facultad de Humanidades



gurgitarlos de nuevo del estómago a la boca para quitarles la corteza”.² Leer era, así, una actividad ruidosa. Contrariamente a lo que la imaginaria nos ha hecho creer, el *scriptorium*, donde los monjes leían y copiaban los textos de la Antigüedad, era un lugar lleno de estrépito. Por ello —dice Illich—, “en todos los monasterios cistercienses se prohibía copiar libros en las horas en que la regla prescribía ‘gran silencio’”.³

Fue entre 1130 y 1200 que un conjunto de modificaciones técnicas haría emerger el libro del *codex*: a lo que parece, Beda el Venerable, frente a la terquedad de los escoceses, renuentes a aprender el latín cuando estaba escrito sin espacios entre las palabras, comenzó a separarlas; los títulos, en los que ya había pensado Isidoro de Sevilla, no sólo se subrayaron, sino que se volvieron frecuentes. La puntuación sustituyó a las anotaciones retóricas; lo que ahora conocemos como asterisco marcó el lugar de las notas; las citas se señalaron con una tinta diferente; se numeraron los capítulos, surgieron los márgenes, el índice se organizó jerárquicamente y apareció la tabla alfabética de materias.

Hacia mediados del siglo XIII, estas mutaciones técnicas no sólo habían producido un objeto que se parecía mucho al libro que hoy conocemos, sino que habían hecho nacer de las entrañas de los co-

legios monásticos, a la universidad. El texto había dejado de ser un instrumento acústico para convertirse en un instrumento óptico; había dejado de ser una comunión en la escucha, para volverse una lectura silenciosa que permitía la discusión de ideas en un aula; dejó de ser *lectio divina* —el desciframiento de los dos grandes libros hechos por Dios: la escritura (la Biblia) y la naturaleza—, para volverse *lectio scholastica* —el pensar crítico y bibliotópico del hablar y aprender en la universidad.

Con el nacimiento de la imprenta y los tipos móviles de Gutenberg, esta nueva forma de leer y de pensar se extendió por el mundo fundando la base del saber moderno. Hoy, sin embargo, asistimos a una nueva ruptura: la de la página y el libro por un nuevo instrumento: la computadora y la página web. Probablemente mi generación, la de aquellos que nacimos a mediados del siglo XX, sea una de las últimas que pensó y vivió bibliotópicamente. Hijos de las reformas textuales del siglo XII, nuestra capacidad de pensar está condicionada aún por las evidencias que nacieron del texto y del pensamiento crítico. Para esta generación nos es fácil todavía asomarnos a un libro, explorando su índice, leyendo el texto y sumergiéndonos después en los pasajes que dan respuesta a preguntas que nos hemos formulado. Para esa generación, hija de la universidad y hecha de hombres que, como los que

² *Ibid.*

³ *Ibid.*

han vivido después del siglo XII, hicimos del libro nuestro saber, el texto es, parafraseo a Illich, una especie de espejo de nuestra alma, punto de anclaje de nuestros pensamientos y carta topográfica de nuestras reflexiones. A diferencia de quienes, como los monjes, realizan todavía incursiones en las *viñas del texto*, nosotros cuando leemos lo hacemos silenciosamente y degustamos, masticamos y eructamos poco. Si el libro nos hizo descubrir algo más del mundo, también, al privilegiarlo sobre otras formas de lectura que recluimos en los nichos monásticos, nos hizo perder algo del saber.

Hoy, como en el siglo XII, asistimos a otra mutación. Lo que hace 40 años sólo los pioneros de la banalización, como la revista *Reader's Digest*, se atrevían a hacer subordinando el texto a recuadros con tablas y diagramas, se ha vuelto un lugar común en los libros de texto y en páginas web. Ese tipo de textos, que día con día se generalizan más, ya no están pensados para ser leídos en voz alta. Lo que caracteriza al nuevo texto que nace de las

pantallas de computadoras no es ya, como lo fundó la aparición del libro, “la lucha por entender a un autor mediante la lectura crítica de sus palabras, sino la percepción relámpago de un ‘mensaje’ [...] La comunicación de contenidos, y no el entendimiento de una *auctoritas* [es] lo que en medida creciente determina el aprender”,⁴ y lo que está haciendo que la universidad, que nació con el libro y que segregó en el siglo XIII a los colegios monásticos, sea segregada ahora por esa nueva cosa llamada la computadora y el tecnológico. Nuestra memoria textual comienza a ser borrada como la tecla “Del” borra un texto de la pantalla de una computadora.

Recordar esta historia de la lectura es preguntarnos en forma profunda qué es lo que debemos hacer para poder continuar la tradición de la lectura y del libro de manera viva y socialmente significativa, para evitar que el libro y la universidad, frente a la página web y los tecnológicos, sufra un destino semejante al que sufrió la *lectio divina*.

⁴ *Ibid.*